ANTONIO SOLER

Los Sucesos de la Semana

PASATIEMPO CÓMICO-LÍRICO

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN CINCO CUADROS Y DOS INTERMEDIOS, EN PROSA Y VERSO

MÚSICA DE LOS MAESTROS

CARBONELL y MOLINA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

LOS SUCESOS DE LA SEMANA

LOS SUCESOS DE LA SEMANA

PASATIEMPO CÓMICO-LÍRICO

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN CINCO CUADROS Y DOS INTERMEDIOS

en prosa y verso, libro de

ANTONIO SOLER

música de los maestros

CARBONELL y MOLINA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA LATINA el día 1.º de Febrero de 1908



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

—

1908

A Pablo Becerra, cultísimo periodista, empresario rumboso y amigo invariable de sus amigos, en prueba de leal cariño y sincero agradecimiento, dedica esta modesta quisicosa.

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
Cuadro primero.—¡Lo que ilustran los periódicos!		
LA SEÑÁ RAMONA	SRA.	CONTRERAS.
HELIODORO	SR.	GONZÁLEZ.
UN CHICO QUE MOLESTA	SRTA.	MELCHOR.
Cuadro segundo.—¡Pum! ¡Pum! Pildoritos en la barrigo...		
AMPARO	SRTA.	CORTES.
MISS EMMA		MELCHOR.
MADEMOISELLE DURÁN		FONTANALS.
RAMONA	SRA.	CONTRERAS.
HELIODORO	SR.	GONZÁLEZ.
TIMOTEO		COSI.
SIR WILLIAM		MARAÑÓN.
Cuadro tercero.—Una juerga en Camelandia		
ELENA	SRTA.	SALVATIERRA.
ESCLAVA 1.ª		FONTANALS.
LA REINA MAGRAS	SRA.	CONTRERAS.
LA PRINCESA LUCERO	SRTA.	MELCHOR.
HELIODORO	SR.	GONZÁLEZ.
EL GENERAL CATAPÚM		QUERINE.
UN SERVIDOR		ROLDÁN.
Odaliscas, pajes, trompeteros, heraldos, correspondencias, etc., etc.		
Cuadro cuarto.—¡A cadena perpetua!		
LA MÁQUINA DEL RELOJ	SRTA.	SALVATIERRA.
HELIODORO	SR.	GONZÁLEZ.
UN CARCELERO		MONTES.
Las horas del reloj		
Cuadro quinto.—¡Valiente noche!		
RAMONA	SRA.	CONTRERAS.
HELIODORO	SR.	GONZÁLEZ.

El cuadro primero y quinto en Madrid, el segundo en Londres, el tercero en Camelandia y el cuarto en Jiu-Jitsú.—Año 1908

Se estrenó una decoración pintada por el escenógrafo señor Pozas.

Desde la segunda noche se encargó del papel de *Heliodoro* el Sr. Cosi, y desde la 50 representación el Sr. Pérez Soriano, haciendo el de *Timoteo* el actor Sr. Cortés.

Mi reconocimiento al Sr. González por el interés que se tomó antes del estreno, mi felicitación á sus sustitutos por los aplausos que escucharon y mis más expresivas gracias al resto de la Compañía por lo bien que siempre desempeñó la obra. «AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR»...

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Telón corto. Habitación pobre. Puerta á la derecha, que se supone conduce á la escalera. A la izquierda otra que figura comunicar con una alcoba.

ESCENA ÚNICA

HELIODORO sentado en una silla de paja frente á una mesa camilla leyendo «Los Sucesos». Una bujía colocada en el cuello de una botella de las de vino ilumina la habitación. La SEÑÁ RAMONA por la izquierda

RAM. (Dentro.) ¡Heliodoro! ¡Heliodoro! Amos, hombre... (Saliendo.) que te estoy llamando pa que me desnudes á los chicos.

HEL. Desnúdalos tú, que pa eso eres su madre.

RAM. Tiés una asaura acreditá. ¡Cuidao que eres tranquilo!

HEL. Deja que me ilustre, que por algo me he suscrito á *Los Sucesos*.

RAM. Bueno, bueno, que te den dos duros.

HEL. No, como bien educá sí que estás, no cabe duda.

RAM. Y á ver si te acuestas pronto, que luego gastas una de luz que mete miedo. El día que

te traen el papel, ya se sabe, una vela no hay quien te la quite.

HEL. Está bien: me iré á leer á la cama.

RAM. Pos claro, hombre. Así tién los chicos luz y se ahorra un cabo.

CHICO (Dentro.) ¡Madre! ¡Que me pega Perico!

RAM. ¡Condenaos de críos! Sus voy á poner el... dorso más encarnao que un tomate... Que no tardes, tú... que no tenemos más que una manta pa tóos y estamos en Diciembre.

HEL. ¡Acabáramos!

CHICO (Dentro.) ¡Madre!

RAM. ¡Cállate, arrastrao, que ya voy!... (Haciendo mutis por la izquierda.) En fin... Más vale que le dé por eso que por los metines y comiteses... (Vase.)

HEL. (Leyendo.) «Rifa de un hombre. La prensa de Londres inserta en sus grandes diarios minuciosos detalles de este saladísimo suceso. Un inglés, joven, ilustrado y bien parecido, se rifó el lunes último en la quinta Avenida del Jardín de Aclimatación. Se vendieron cincuenta mil billetes, que á dollar cada uno, ascendieron á la respetable suma de cincuenta mil dollar. La poseedora del agraciado objeto se ha encontrado con un marido y una fortuna.» (Dejando de leer.) ¡Ay, qué gracia! Ya me estoy yo viendo rifao como un pavo de Navidad. ¡Quién quié billetes pa el Heliodoro! ¡A quién le va á tocar el Heliodoro! ¡Que está á punto de rematarse el Heliodoro!... ¡Cuidao que se les ocurren cosas super á los ingleses! (Vuelve á leer.) «Telegrafían de Camelandia, Estado Oriental, que se ha descubierto en la ermita de Jiu-Jitsú un suceso realmente curioso. El ermitaño que allí vivía y que de vez en cuando confesaba á la corte de Jiu-Jitsú, no era otro que el propio monarca, á quien sin saberlo su esposa, su hija y sus ministros, le decían, bajo secreto de confesión, sus planes contra la persona del rey. En Jiu-Jitsú á estas horas se ha proclamado la República.» (Dejando de leer.) Amos, hombre,

que si á mí se m'arrodilla mi señora y me dice á la oreja: Se la acabo de pegar á mi marido con el Salustiano... pongo por caso, del primer mamporro que l'atizo, la dejo de cara pa el otro mundo...

RAM. (Dentro) ¡Heliodoro! ¡Que se concluye el cabo!

HEL. Ya voy, mujer, ya voy... (Leyendo) «En Chirona, isla norteamericana, se ha implantado ya el moderno sistema penitenciario de dulzura, afecto y consideración al delincuente.» Sí... sí... afecto. (Levantándose.) Ca paliza que les deben dar que... ¡Miá que consideración al delincuente!... Pero hombre... ¿Se creeran que se chupa uno el dedo?...

CHICO ¡Padre, que nos quedamos á oscuras!

OTRO ¡Madre! ¡Madre!

HEL. ¡Callarsus, que ya voy! (Haciendo mutis por la izquierda.) ¡Lo que ilustran y enseñan los periódicos! (Vase.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Decoración de jardín con dos cenadores practicables, uno á la derecha y otro á la izquierda. Al fondo árboles frondosos

ESCENA PRIMERA

HELIODORO y TIMOTEO

HEL. Sí, chico, sí. En España no podía continuar. No daba un paso que no tropezase con un acreedor. Ingleses por ingleses...

TIM. Preferiste los auténticos.

HEL. Y como Dios me dió á entender, reuní el dinero pa el viaje, y aquí me tiés en Londres dispuesto á dar quince y raya al ser más extravagante del universo.

TIM. Pues no te quepa duda que lo consigues, porque á nadie se le ocurre lo que á tí.

HEL. La verdad es que he tenío una idea original.

TIM. Como que todos los periódicos han hablado ya de tu proyecto.

HEL. ¡Un español que se rifa!

TIM. Y un negocio para la agraciada, porque cincuenta mil papeletas á dollar cada una, estando el cambio á la par, hacen...

HEL. Un porción de billetes de Banco.

TIM. Que le tocas á una señora...

HEL. ¿El qué?

TIM. En el sorteo. Le toca contigo el premio gordo de la lotería. Lo malo es si la agraciada resulta una vieja

HEL. Pué ser una vieja agraciada.

TIM. ¡Vaya usted á saber el tipo que te tendrá reservado la suerte!

HEL. Peor que mi mujer no será. Al saber mi fuga se debe haber muerto de rabia. Es de lo único que pué morirse.

TIM. Bueno, anda, vete á vestir, que el acto va á empezar.

HEL. ¿Qué acto?

TIM. El de la exhibición, hombre.

HEL. Es verdad, no me acordaba. Como eso ha sío cosa tuya...

TIM. Es necesario que las poseedoras de los billetes te vean, que se convenzan que no se trata de una engañifa, que salgan de aquí entusiasmadas de tus encantos, que te admiren. Ya verás, ya, los elogios que hago de tí á las concurrentes.

HEL. Honras fúnebres como si dijéramos.

TIM. Alguna enfermedad ha de ser la última.

HEL. Supongo que habrás puesto el anuncio en tóos los periódicos.

TIM. En todos.

HEL. En inglés, por supuesto.

TIM. ¡Ah, claro! Aquí tengo el *Daily Telegraph* de esta mañana. Te lo voy á leer á ver que te parece.

HEL. En castellano ¿eh? porque si no...

TIM. (Sacando un periódico y leyendo.) «¡Ojo, solteras! No olvidarse que el veintitrés de Diciembre, á las dos de la tarde, se rifa el bello Helio-

doro en la Quinta Avenida del Jardín de Aclimatación. Al bello Heliodioro le han enviado mujeres los monarcas de las principales naciones del mundo. Todas las ha devuelto. Turcas, circasianas, judías. Hoy mismo ha devuelto las judías. El bello Heliodoro insiste en casarse con la que le toque en suerte; pero preferiría una morena de cara é islas adyacentes. También le agradan las rubias. Las que se le indigestan son las castañas. El retrato de la agraciada saldrá con un bombo fenomenal en el *Daily Telegraph.* Animo, hijas de Eva. A por el bombo. El bello Heliodoro lo garantiza.»

HEL. Estilo norteamericano puro. (Mirando desde el foro hacia la derecha.) Mira, mira cómo está ya el vestíbulo. Hacia aquí me parece que vienen unas cuantas jugadoras.

TIM. Y que las hay de todas castas. Españolas, francesas, inglesas... Mucha coba, y hasta dentro de un segundo, que voy á ver cómo anda la taquilla.

HEL. No se te olvía ningún detalle.

TIM. Y cuidado con los reintegros y las aproximaciones, tú, que el otro día se me ha quejado una señora.

HEL. ¡Qué mujeres, Santo Dios! ¿Por qué no podré tocarlas á todas?... ¡Son descacharrantes! (Vase Timoteo por la derecha.)

ESCENA II

HELIODORO, RAMONA, MISS EMMA, MADEMOISELLE DURAN, ANETA y CORO de señoras, en trajes de distintos países. Ramona, de turca, con la cara tapada, enseñando nada más que los ojos

Música

ELLAS

Nos hemos enterado
que un hombre aquí se rifa,
y suponemos todas
que no es una engañifa.

¿Podremos, caballero,
casarnos pronto y bien?

HEL. Os casaréis á escape.

ELLAS ¿De veras?

HEL. ¡La chipén!

ELLAS Mira.

HEL. Miro.

ELLAS Esta colección.
Qué delicadísimas
y retemonísimas
todas ellas son.
Oye.

HEL. Oyo.

ELLAS Fíjate muy bien.

HEL. Todas dan la hora
pero esta señora (Por la turca.)
paece una sartén.

ELLAS Si te tocara yo
en el sorteo á tí

HEL. Contigo iba á pasar
una vida hasta allí.

UNA Si yo fuera quizá...

HEL. Entonces hasta allá.

TURCA (Con voz ronca.)
¿Y si te toco yo?

HEL. Como si no.

ELLAS Todas somos solteras,
todas somos bonitas
y todas prometemos
hacerte mil caricias.
Aquí á todas nos tienes
por tí muertas de amor.
Yo quiero ser tu esposa...

HEL. ¡Dejadme, por favor!

ELLAS Mira.

HEL. Miro.

ELLAS ¡Qué bonito pie!

HEL. Por lo chiquitísimo
y lo remonísimo
antes me fijé.

ELLAS Oye.

HEL. Oyo.

ELLAS Míranos muy bien.
HEL. ¿Quién no se enloquece,
aunque esta parece
(Por la turca.)
el ciego Fidel?
UNA Como te toque yo
en el sorteo á tí.
HEL. Te digo, como hay Dios,
que te has de divertir.
OTRA Si yo fuera quizá.
HEL. Estás tú mu delgá.
OTRA ¿Seré yo tu mujer?
HEL. ¡Ay, qué placer!

—

TODAS Ven á mi ladito,
palomo torcaz.
A este me lo llevo
para mi solaz.
Rico,
mono,
chacho.
¡Qué preciosidad!

Hablado

RAM. (Ahuecando la voz.) Y diga, joven, ¿tiene usted buen genio?

HEL. Según. El primer pronto no es muy bueno que digamos.

EMMA ¿Y el sicundo?

HEL. El sicundo ya es soportable.

ANETA ¿Voi siete ragazzo?

HEL. ¡La mar de ragazzo! (Aparte.) ¿Qué será eso?

RAM. Que lo crea usted que no, se parece usted á mi quinto difunto cónyuge.

HEL. (Aparte, asustado.) ¡Dios mío! ¿Le tocaré yo á ésta?

ANETA Fate trampa, signiore.

EMMA De haserla seguia pog moi que me ha migado tres veses seguidas.

M. DURÁN Au por moi.

RAM. O por mí, ¡miá ésta! (Todas arman barullo.)

HEL. ¡Lo que puede el físico! Van á concluir por arrancarse el moño.

TIM. (Desde el foro.) Ya está dispuesto el salón de exhibiciones.

HEL. Niñas, al... borotar poco y adentro.

RAM. (Cogiendo del brazo á Heliodoro.) El brazo por si me sale.

HEL. (Aparte.) ¡Santo Dios, que no le salga!

ESCENA III

TIMOTEO; luego AMPARO

TIM. Se necesita estar loco para escoger una señora así á la suerte. Conque buscada con candil no resulta, ¡qué será una del montón y sin antecedentes penales conocidos!

AMP. (Por la izquierda.) Caballero...

TIM. (Aparte.) ¡Hermosa mujer! (Alto.) ¿En qué puedo servirla á usted, señorita?

AMP. En mucho, si usted quiere.

TIM. Por esa cara soy capaz de hacer hasta un sacrificio.

AMP. No se trata de tanto. He leído que va á rifarse Monsalve. (Con mucha sorna.) ¡Heliodoro Monsalve! ¡El popular Heliodoro!

TIM. (Aparte.) ¡Malo! Esta viene á cosa decidida.

AMP. (Indignada.) Pues bien, antes del sorteo es necesario que yo hable á solas con ese hombre, con ese canalla, con ese...

TIM. Calma, señora, calma.

AMP. ¿Qué se creía, que no le iba á seguir?

TIM. ¿Cómo? ¿Usted es la señora?

AMP. ¿La señora de quién?

TIM. De... Heliodoro.

AMP. ¡Me lo figuraba! ¿De modo que es casado?

TIM. Señora, yo no he dicho...

AMP. ¡No necesito saber más! ¿Conque era casado? ¿Conque mientras me juraba amor eterno en Cádiz, huía de su mujer y de mí...? ¡Ah, pillo! ¡Infame! ¿Dónde está?... que yo le vea. ¿Dónde está?... en seguida, ó le saco á usted también los ojos. (Zarandeándole violentamente.)

Porque usted debe ser su cómplice... Sí, no me cabe duda... usted es su cómplice... Usted es otro pillo como él... otro granuja...

TIM. (Desasiéndose.) Poquito á poco, señora... Yo no tengo nada que ver con... con... su amigo de usted el señor Monsalve; y en prueba de ello, que ahora mismo voy á decirle que está usted aquí para que se maten ustedes los dos si es su gusto. ¡Pues no faltaría más!

AMP. (Tranquilizada.) ¡Caballero! Va usted á probarme que no es usted lo que yo me había figurado...

TIM. Sus ofensas me han lastimado mucho, señora.

AMP. ¡Olvídelas usted! Se lo ruego. Una mujer engañada es capaz de todo.

TIM. Bueno, ¿qué desea usted, vamos á ver?

AMP. Que le diga usted que venga al jardín, sin advertirle que una señora le aguarda. Escondida en este cenador le espero á usted.

TIM. A mí no, á él; porque yo no vuelvo por aquí. Allá se las compongan ustedes.

AMP. Y dispénseme usted, caballero; se lo suplico...

TIM. ¡Si no fuera mirando que es lo que se dice una mujer hermosa!... (Amparo entra en el cenador de la izquierda. Timoteo se dirige hacia el foro, cortándole el paso Ramona.)

ESCENA IV

TIMOTEO y RAMONA

RAM. Un momento. Usted y yo tenemos que hablar cuatro palabritas de un asunto muy interesante. (Se deja la cara al descubierto.)

TIM. (Aparte.) ¿Qué me querrá este ballenato?

RAM. Ahora mismo, si no quiere usted que le clave las uñas en la cara...

TIM. ¿Cómo?

RAM. Va usted á decir al señor Monsalve que le aguarda en este apartao una señora. (Señalando al cenador de la derecha.)

TIM. ¿Pero es que me van ustedes á tomar el pelo?

RAM. De lo contrario, despídase usted de ese rostro agraciao pa un porción de meses.

TIM. Pues, señor, sí que tiene gracia la aventura.

RAM. ¿Lo ha oído usted? Pa un porción de meses.

TIM. (Aparte.) Y que lo hace como lo dice. (Alto.) Está bien, señora, está bien. Le avisaré inmediatamente.

RAM. No se vaya usted á confundir con ese otro, ¿eh? Aquí, á la derecha.

TIM. ¡Qué he de confundirme! ¡Pierda usted cuidado! (Aparte) Heliodoro no llega vivo á la rifa...

RAM. Es inútil que le advierta usted que se las pire, porque he tomao tóo género de precauciones. Soy su señora. La auténtica. La que ha dejao abandoná en Madrid.

TIM. (Aparte.) ¡Caracoles! ¡Esto se complica!

RAM. Pero cuidao con notificárselo porque le saco á usted los ojos.

TIM. (Aparte.) Nada, que se han empeñado en dejarme ciego. (Alto.) Descuide usted, que haré lo que me pide. ¡No faltaba más! Una señora tan amable, tan fina, tan convincente... (Acción de arañar.)

RAM. (Entrando en el cenador de la derecha.) Esta vez sí que no se me escapa.

TIM. ¡Pobre Heliodoro! Entre las dos lo dividen. (Se dirige hacia el foro.)

ESCENA V

TIMOTEO y SIR WILLIAM

WIL. (Cortándole el paso.) Caballego...

TIM. ¿Otro? Será éste también... ¡Ave María Purísima! Ya no sé lo que me digo. Me han vuelto loco.

WIL. Yo venir al asunto de la rifamienta.

TIM. Usted dirá.

WIL. Yo ser mister William.

TIM. Tanto gusto. (Dándole la mano) ¿Está usted bien?

WIL. (Sin tomarle la mano.) Usted ser un canalla.

TIM. Pues señor, bueno. Por lo visto, todo el mundo la ha tomado conmigo.

WIL. Yo exigir una cosa en la taquilla. Tener derecho á ella.

TIM. Cuando no le complace á usted el taquillero...

WIL. O aseder á mi pretensión ó yo meterle á usted cuatro pildoritos en la barrigo. (Saca un revólver y apunta.)

TIM. ¡Lo que usted quiera, caballero! ¡No faltaba más! Tenga... tenga la bondad de guardar la cajita de las píldoras.

WIL. (Guardándose el revólver.) Yo ser muy formal en todos mis actos.

TIM. ¡Qué duda cabe! (Aparte.) ¡Cualquiera le contradice y cualquiera avisa al otro!...

WIL. Cuatro pildoritos...

TIM. Sí, hombre, sí, ya lo he oído. ¡En la barrigo! Pues sí que se ha puesto buena la mañana. (Vanse los dos por el foro.)

ESCENA VI

HELIODORO; RAMONA y AMPARO ocultas

HEL. (Por la izquierda.) La tercera de la derecha era morrocotuda. ¡Pues y la de Cadiz! Aquella infeliz que se creía que me iba á casar con ella en cuanto se muriese mi tío de... Ya no me acuerdo dónde le dije que tenía un tío millonario. ¡Anda que me voy á reir poco en el acto del sorteo acordándome de la una y de la otra. (Mirando despavorido hacia el interior del cenador de la izquierda.) ¡Horror! ¡La de Cádiz!

AMP. (Saliendo.) La misma.

RAM. Paece esa la voz de mi marío. (Asoma la cabeza sin ser vista por los otros dos personajes.)

HEL. (Aparte.) ¡Abrete tierra y trágame!

RAM. (Aparte.) ¡Ah, granuja! ¡Sí que es él, sí! Y con una mujer. Lo mejor es seguir aquí escondía hasta el final de la trigedia.

AMP. ¿Conque... eres casado?

HEL. ¡Vamos, hombre! ¡En mi vida se me ha ocurrío hacer semejante barbaridad!

RAM. ¡Pillastre! (Aparte.)

AMP. Luego... tampoco pensabas casarte conmigo.

HEL. Eso es otra cosa.

RAM. (Aparte.) ¡Estás fresca!

AMP. Entonces, ¿por qué ibas á rifarte, so barreño!

HEL. Parece mentira que no se te haya ocurrío.

AMP. ¿El qué?

HEL. El tío aquel de Burgos...

AMP. Me dijiste que vivía en Santander.

HEL. Se mudó. Y además se murió... sin dejarme lo que se llama una peseta.

RAM. (parte.) ¡Se necesita desahogo!

HEL. Yo, al verme sin un cuarto, me eché á pensar, hasta que de pronto, ¡cataplún! se me ocurre esta idea luminosa pa poderte ofrecer una regular fortuna, y aquí me tiés dispuesto á tóo... menos á casarme con la que me toque, naturalmente.

AMP. No te creo.

HEL. Te lo juro...

RAM. (Aparte.) ¡Será sinvergüenza!

AMP. Bueno, pues pruébamelo ó te estrangulo, porque de mí no te burlas tú ni nadie.

HEL. ¿Y cómo?

AMP. Haciendo trampa en el sorteo.

HEL. ¿Qué número tiés?

AMP. El treinta.

HEL. ¿Pelao?

AMP. O sale el treinta del bombo ó no respondo de lo que hago. Tú verás lo que te conviene.

HEL. ¿Dónde me aguardas?

AMP. En el salón. No me marcho de aquí si no es contigo.

HEL. ¡Benditas sean las mujeres con talento, con cariño y...

RAM. (Aparte.) ¡Si tú supieses la que te espera!

HEL. Dentro de un mes, casados.

AMP. ¡Ay de tí cómo me engañes!

HEL. ¡Qué te he de engañar, mujer! ¡Qué te he de engañar!

AMP. (Marchándose por la izquierda.) Hasta ahora.

HEL. (Echándola un beso.) ¡Hasta ahora... mi vida!
RAM. (Aparte.) ¡Te has caío, chaquetón! ¡Encomiéndate á las ánimas benditas!

ESCENA ULTIMA

HELIODORO, RAMONA y TIMOTEO que entra precipitadamente por el foro

TIM. ¡Heliodoro! ¡Heliodoro! Dos palabras...
HEL. Ya lo sé, no te molestes.
TIM. ¿Todo?
HEL. ¿Hay más aún?
TIM. ¡Me paece que sí!
HEL. ¿Qué ocurre?
TIM. ¡Una friolera!
HEL. ¿Se suspende la rifa?
TIM. Peor aún.
HEL. ¿Se ha fugado el taquillero?
TIM. ¡Ojalá! ¡Ay, Heliodoro, Heliodoro!
HEL. Habla, hombre, ¿qué es ello?
TIM. Serénate... Pues, nada... La cosa es que... ¿sabes? Ha venido un inglés... Ha venido un inglés... y... una contrariedad...
HEL. ¿Pero qué ha hecho ese inglés?
TIM. Pues ese inglés... ese inglés... ha comprado... todos los billetes que había en la taquilla.
HEL. ¿Eh?
TIM. Sí, chico.
HEL. Y... ¿se los disteis?
TIM. Dudamos al principio, pero... ¡pum! ¡pum! ¡pum! ¡Pildoritos en la barrigo!
HEL. ¿Cómo?
TIM. ¡Que nos amenazó con un revólver!
HEL. ¡Ave María Purísima! ¿Qué querrá hacer ese hombre conmigo?
TIM. ¡Vaya usted á saber!
HEL. Yo pongo pies en polvorosa. Dile que me he marchao por la puerta del Este... Te aguardo aquí metío. (Por el cenador de la derecha.)
RAM. ¡R. I. P! (Aparte.)
HEL. Vuelve á escape. Por la puerta del Este, no te olvides. (Timoteo vase precipitadamente por el foro. Heliodoro entra en el cenador.)

RAM. ¡Queridísimo Heliodoro!
HEL. (Horrorizado.) ¡Cielos! ¡Mi mujer!
RAM. Conque por la puerta del Este, ¿eh?
HEL. ¡Al Este!... ¡Al Este sí que voy yo ahora! (Cae desmayado en los brazos de su mujer.)

MUTACIÓN

INTERMEDIO

Telón corto blanco, en el que se leerá:

Querido Timoteo: Sir William resultó ser Presidente de una Sociedad Protectora de Animales. Como el hombre que se casa es un animal, quería á toda costa protegerme.

El martes desembarco en Jiu-Jitsú. No me escribas por si tengo que salir de allí tambien huyendo.

Recuerdos á las amigas; á mi mujer un tiro en la cabeza, y tú recibe un abrazo de tu invariable

HELIODORO.

Camelandia, 1908.

CUADRO TERCERO

Interior de un castillo

ESCENA PRIMERA

ELENA, HELIODORO y CORO DE ODALISCAS

Música

CORO Las mujeres más bonitas
de la corte de Tarugo,
aquí ocultas viven siempre
por mandato de su rey.

De caricias le colmamos
y sus ocios distraemos.

HEL. ¡Vaya un guaja que está el niño!
¡Quién pudiera hacer lo que él!

ELENA De mí se ha prendado
con ciega locura.

UNA De mí le enamora
mi cara risueña.

OTRA Y á mí al contemplarme
me dice muy quedo:
«Lo que más me gusta
de tí es la guedeja.»

HEL. ¡Olé las mozas serranas!

CORO ¡Olé los reyes rumbosos!

HEL. ¡Olé las niñas barbianas!

CORO ¡Olé los hombres graciosos!

HEL. Cántate, chiquilla,
cántate un poquito,
que con la guitarra
te acompañaré.
Ya sabes, mi cielo,
que no toco apenas,
pero lo que toco
lo toco muy bien.

ELENA «Si el rey con ser rey me diera
escudo, cetro y corona,
no le apreciaría tanto
como aprecio tu persona.»

HEL. Ahora márcate una danza
un poquitito oriental,
que me gusta recrearme
con las danzas que bailáis.

ELENA Soy la reina del jaleo,
soy la reina de la zambra,
la de los labios ardientes,
la de la sangre gitana.
La que evoca los aduares
y las muslímicas danzas,
la odalisca que recuerda
los encantos de la Alhambra.
(Baila.)
Gitanilla de cara de rosa,
gitanilla de tez africana
que ondulando mi cuerpo flexible.

al ligero compás de la danza
voy errante sin rumbo ni tregua
ahuyentando las penas del alma.

CORO
Es la reina del jaleo
es la reina de la zambra, etc., etc.
(Bailan.)

Hablado

UNA
Rey excelso... ¿Nos permites
cual de costumbre, bañarnos?

HEL.
¡Sí, hija mía! Yo averiguo
dónde estas tienen el baño.
¿En el grande, no?

OTRA
Nos gusta
más el otro.

HEL.
Me he quedado
como estaba. Bien, pues... duro
y á bañarse.

ELENA
Yo te aguardo
para ir juntas al...

HEL.
¿A dónde?

ELENA
Al comedor...

HEL.
Ah, ¡canastos!
pensé que era...

ELENA
Hasta el parterre
tan sólo las acompaño. (Mutis.)

ESCENA II

HELIODORO

HEL.
Pues señor; sí que la cosa
tié en verdaz miga de veras.
Me voy de Londres huyendo,
como un señor, de la quema
de lo de la rifa, gracias
á este distraz cuasi extra,
y vengo á parar ¿á dónde?
á Camelandia, una tierra
en la que el rey por lo visto
se disfraza como menda,
y aquí apartao en este... templo

distrae sus ocios con hembras,
que quitan el hipo al Nuncio.
Entro, las miro, me observan,
me toman por el monarca,
me hacen la mar de finezas,
y en eso estamos hasta ahora
en que me dice una de ellas,
que sabe de modo cierto
que á las diez ú diez y media
va á venir á confesarse
conmigo, la corte entera,
porque hay no sé quién que afirma
que soy un monje de veras.
¡La que se va á armar si vienen!
Va á ser buena, pero buena.

ESCENA III

HELIODORO y ELENA

ELENA De nuevo estoy á tu lado.
HEL. Ven á mi lado, hechicera,
que teniéndote á mi vera
ya está mi reino arreglado.
(Alto.)
¡Vaya una esclava remona!
No hay como tú dos mujeres.
Si empuñar mi cetro quieres
te regalo la corona. (Se oyen trompetas á lo lejos.)
Dime: ¿qué es esa armonía
bestial que los aires llena?
ELENA ¡Cuerno! La hemos hecho buena.
La reina.
HEL. Y señora mía.
ELENA Si eres capaz...
HEL. Ya el engaño
imaginé... Soy muy listo.
ELENA Como otras veces te han visto
con el traje de ermitaño...
HEL. Es verdad, tienes razón.
¡Lo que voy á descubrir!
¿Volverás?
ELENA Al concluir
tu esposa la confesión. (Mutis.)

ESCENA IV

HELIODORO, la REINA MAGRAS, la PRINCESA LUCERO, el GENERAL CATAPÚM y Timbales, Trompeteros, Pajes, Heraldos, etcétera. Heliodoro los recibe en la puerta extendiendo los brazos majestuosamente

Música

TODOS Salud al ermitaño
de nuestro rey excelso,
de justos el más justo,
de sabios el primero.
El pueblo arrepentido
y haciendo contricción,
anhela tus consejos
que son su salvación.

Hablado

HEL. Nobles señores, pajes y escuderos.
Seais muy bien llegaos tóos al albergue
de este monje, que huyendo del bullicio
vive apartao del mundo y los deleites.
LUC. Sabio señor, perdona la osadía
de aquellos que juzgándote clemente,
de tu meditación y tus estudios
por un momento á distraerte vienen.
HEL. ¿Un momento no más? Pues bien, os ruego,
que hagais que ese momento sea breve,
porque están esperándome tres tangos...
(Murmullos.)
tres astros, digo, que ahora reaparecen
después de estar nublaos catorce lustros.
MAG. Reaparición es tal, que nos conmueve.
(A Catapúm.)
Digámosle en voz baja á qué venimos;
que en secreto cada uno le revele
con franqueza la causa de sus cuitas.
CAT. ¡Bien pensado, Señora, me parece!
MAG. Escuchad, ermitaño, los pecados
que el pecho nos remuerden.

HEL. A ver si sus calláis ahora unas miajas.
¡Que la oreja un instante sorda quede!
El relato empezad si os acomoda.
Pajes, heraldos y demás, ¡ahuequen!
(Hacen mutis los Timbales, Trompeteros, Pajes, Heraldos, etc.)

ESCENA V

HELIODORO, la PRINCESA LUCERO, la REINA MAGRAS y el GENERAL CATAPÚM. Al final. un SERVIDOR

LUC. Poco os he de importunar.
HEL. De sobra tus cuitas sé.
LUC. ¿A ser suya llegaré?
HEL. Eso es mucho preguntar.
LUC. Mi padre, de esos amores,
está en el limbo, señor.
Es tonto... y le hago favor.
HEL. (Aparte.)
¡Me van á contar horrores!
(Alto.)
A lo que tu pecho ansía
responderé en breve plazo.
LUC. Si es que sí, ¡dadme un abrazo!
HEL. Que... franca es esta hija mía.
(Se retira al fondo con la Reina.)
GEN. (Avanzando.)
Llego á vos con contricción.
HEL. ¿Qué me dirá este animal?
Váis á oir á un general
en general confesión.
Hay un Rey en este Estado
y es tanta su tontería
que hace aprecio de osadía
cuando no es más que un cuitado.
Yo la verdad, como un bolo
es el pobre, á su consorte
con pasión hago la corte.
Ella me adora á mí solo.
HEL. ¡Qué fiel... es este vasallo!
¿Conque para tí se peina?

Pues lárgate con la Reina...
y con dos mil de á caballo.
Eso es una atrocidad.

GEN. Que vos me habéis consentido
por el hábito adquirido.

HEL. Por el hábito... es verdad.
(Aparte.)
¡Quién tales cosas escucha!

GEN. Si viérais á una mujer
hermosa, ¿qué íbais á hacer?

HEL. Yo las miro con capucha.
En eso no hay quien me venza.
Imposible es que modere.

GEN. De lo dicho, ¿qué se infiere?

HEL. Que eres un gran sinvergüenza.
(Se retira al fondo.)
¡Qué ingratos y cómo engaña
á su Monarca esta corte!
(Avanza la Reina.)
Oigamos á la consorte
que debe hacer cada hazaña...

MAG. Ermitaño sin igual
á quien humilde saludo...
(En voz baja.)
Como no te vuelvas mudo
lo vas á pasar muy mal.

HEL. Si es vuestro empeño... desde ahora.
(Aparte.)
¡Esta es de caballería!...

MAG. Y de lo del otro día...

HEL. ¡Ni una palabra, señora!

MAG. Me vas á hacer un favor,
con constancia sin igual:
Ser tú quien al General
le persuadas de mi amor;
quien al Monarca aconseje
que viaje siempre sin mí,
para que á los dos aquí
tranquilos y en paz nos deje;
y el que esto una vez logrado
tome soleta al momento,
olvidando en el convento
todo lo que aquí ha pasado.

HEL. ¡Tu frescura me electriza!

¿Sabes que eres casquivana?
A tí te dan, soberana,
la soberana paliza.
Basta ya de confesiones,
pues no sé como he podido
escucharos comedido
sin daros dos pescozones.
(Se baja la capucha.)

LUC. ¡Jesús!
MAG. ¡No es monje!
HEL. ¡Me mechan!
GEN. Pagarás tu atrevimiento.
SER. (Por la derecha. Al General.)
Señor... Señor... Un momento.
Ya no sois ministro. Os echan.
Ved destrozadas mis botas
por veníroslo á contar.
GEN. ¿Qué nueva me vas á dar?
SER. ¡Señor, si están las dos rotas!

ESCENA VI

DICHOS y un SERVIDOR

SER. ¿No sabéis lo que sucede?
HEL. Maldito si me interesa.
SER. Que ya es libre Camelandia
pues ha proclamado César
la República.
GEN. ¡Zambomba!
HEL. (Al Servidor.)
Pero oye, tú, ¿quién es César?
SER. Un rival del Soberano.
HEL. ¿Otro? ¡Rediez, qué ligeras
son aquí algunas señoras!
SER. Un barco hacia aquí se acerca.
HEL, ¡Mi salvación!
SER. Va con rumbo
á España.
HEL. ¡Bendita tierra!
Quedarse con Dios, amigos.
Reino nuevo, vida nueva.

Que prosperéis con la *niña*
y muchas gracias á César
que con su golpe certero
¡me ha salvado la pelleja!

MUTACIÓN

INTERMEDIO

Telón corto blanco, en el que se leerá:

TELEGRAMA OFICIAL

GOBERNADOR Á MINISTRO:

Chirona, 10 9-t.

Acaba de ser detenido extranjero indocumentado. Sufrirá honroso castigo prisión celular conforme nuevo sistema penitenciario. Provincia sin novedad.

CUADRO CUARTO

Gabinete elegante. A la derecha, una dormilona. A la izquierda, un lavabo de caballero, con todos los neceseres de tocador. Butacas, sillas, colgaduras, etc. Puertas laterales y ventana al foro.

ESCENA PRIMERA

HELIODORO con gorro y batín echado en la dormilona se restriega los ojos, contemplando con viva curiosidad cuanto le rodea

¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? Heliodoro, medita. ¿Qué te pasó ayer? Llegaste al puerto de Chirona, echaste pie á tierra, perdiste el vapor y pa consolarte, aquí una con seltz, allí un quince, allá un medio chico de lo fuerte... te pusiste peor que Garibaldi. Te detuvieron, te mandaron llevar á la cárcel y... ahora si que por más que medites, He-

liodoro, no das con la solución de la charada. Pero indudablemente que el inspector del distrito, te debió soltar, porque esto no es la cárcel ¡que ha de ser! (Levantándose y tratando de abrir la puerta de la derecha.) Pues si que es la cárcel, porque esta puerta está cerrada. (Haciendo lo mismo con la de la izquierda.) Y esta también. (Escuchando.) Alguien viene. Sin duda el carcelero... Algún tipo repulsivo, como si lo viese. (Se abre la puerta de la izquierda.)

ESCENA II

HELIODORO y un CARCELERO, vestido de etiqueta con el pelo rizado y patillas á la inglesa. Lleva en la mano un llaverito con una colección de pequeñas llaves doradas

CAR. (Muy amable.) Muy buenos días. ¿Cómo ha pasado usted la noche, mi apreciable señor!

HEL. Muy bien, muchas gracias. (Aparte.) ¡Qué carcelero más original!

CAR. Me pareció que me honraba usted llamándome y...

HEL. (Aparte.) ¿Se estará burlando? (Alto.) Deseo saber dónde me encuentro.

CAR. (Cada vez más fino.) Desgraciadamente en la celda número treinta y cuatro de la galería A, ángulo B de la cárcel de Chirona.

HEL. ¿De modo que esta es la cárcel?

CAR. (Con tristeza.) Esta es, señor.

HEL. Pues sí que es una cárcel maravillosa.

CAR. No está todavía á la altura que el sabio legislador ha querido colocarla; pero el ministro de Justicia trabaja para conseguirlo. ¿Desea alguna cosa más el señor?

HEL. (Cada vez más asombrado..) Hombre, si fuera posible...

CAR. (Interrumpiéndole.) ¡Ah, si! Ruego á usted dispense mi torpeza. Es la hora del almuerzo y debe usted tener apetito. Haré que le sirvan en seguida.

HEL. El consabido rancho, las indigestas judías, las eternas patatas.

CAR. ¡Judías! ¡Patatas! Usted quiere burlarse de la Administración. (Dándole un menú) Aquí tiene usted la lista, escoja usted, caballero.

HEL. ¿La lista?

CAR. (Indicándole.) A la derecha está la carta general... A la izquierda los platos del día. Hoy, como lunes, tenemos faisán trufado. Aquí abajo están los vinos. Si quiere usted molestarse en hacer la nota...

HEL. (Leyendo.) Ostras, rosbiff, chuletas, pollos, jamón, merluza, langostinos, salmón, perdices... Burdeos, Jerez, champagne... Mira, sírveme lo que quieras... A tu gusto.

CAR. Está bien.

HEL. ¡Esto es admirable! Yo creí despertar en un mal calabozo y...

CAR. ¡Qué opinión tiene usted formada de mis conciudadanos! Al privar al delincuente de su libertad, aquí no le arrebatamos con ella las comodidades ni el confort. (Abriendo la ventana del foro.) Mire usted: sol, aire puro, panorama espléndido. Y mientras preparan el almuerzo, si usted tiene costumbre de fumar... (Cogiendo un cajoncito que habrá sobre un velador y ofreciéndoselo.) Aquí hay cigarros habanos, brevas legítimas de Cabañas.

HEL. ¡Hombre, esto ya es el colmo!

CAR. Nada de ello vale la pena. Ahora entrará el encargado de sacudir.

HEL. ¿El qué?

CAR. De sacudir y cepillar la ropa. Después el limpiabotas, el peluquero...

HEL. Decididamente, aquí los presos están mejor que los duques en España.

CAR. ¡Oh, España! No me hable usted de ese país. Aquí tenemos muy malas noticias de él.

HEL. Lo creo.

CAR. Después del almuerzo, supongo que tomará usted café y una copita.

HEL. ¡Naturalmente!

CAR. Fins... Champagne, ¿eh?

HEL. O Chinchón. Me es lo mismo. En Madrid acostumbro á tomar Chinchón.

CAR. ¿Desea usted algo más?

HEL. Que me digas la hora que es, si no te sirve á tí tampoco de molestia.

CAR. ¡Con mucho gusto! (Toca el timbre.)

HEL. ¿Qué haces, hombre?

CAR. Llamar para que le traigan el reloj de la casa. ¿Es usted aficionado al bello sexo?

HEL. ¡Una multitud! Como dice la gente de mi tierra.

CAR. Pues vea la hora y distráigase el señor mientras le sirven el almuerzo.

ESCENA III

DICHOS y el RELOJ, con las HORAS de la mañana, de la tarde y de la noche. Seis Coristas, dos vestidas de Aldeanas con un cestillo de flores y una espiga de trigo ó una cepa de viña; dos de Odaliscas y dos con traje caprichoso representando la Noche. Puede ser el de éstas túnica blanca algo ajustada con una media luna y una porción de estrellas prendidas en el traje. El Reloj también con vestido artístico á capricho de la intérprete. Al autor se le ocurre, todo color oro, chaquetilla, calzón corto, zapato, media y peluca rubia. Si no es posible, que la actriz procure no hacer el ridículo (1)

Música

H. DE LA M. Somos las horas
de la mañana,
las más alegres
que tiene el día.

H. DE LA T. Después seguimos
las de la tarde,
horas ardientes
como odaliscas.

H. DE LA N. Y luego entramos
las de la noche,
suaves murmullos
y melodías.

De coplas gitanas—gemidos de amores,
canciones bohemias—y dulces guajiras.

---

(1) Este coro lo vistió la Empresa muy bien. Chaquetilla y calzón corto blancos, caprichosos adornos negros, las cifras romanas en la cabeza y todas con campanilas metálicas en la mano, requisito indispensable para que el número resulte.

HEL. ¡Qué reloj más rebonito!
qué horas tiene más divinas;
es la máquina un encanto
y la forma original.
No le falta ni un detalle,
es precioso el relojito.
Yo me llevo otro al momento
si me venden uno igual.

CAR. Si le queréis ver funcionar
poned un poco de atención,
porque va á echar
(Marcando mucho la erre mientras figura dar llave al reloj.)
de pronto á andar
y es de difícil comprensión.

—

M. REL. Dos chinos de Tonkín...
HORAS ¡Tín!
M. REL. Riñeron en Hon-Kón...
HORAS ¡Tón... tón!
M. REL. Por si hay ó no en Pekín...
HORAS Tín, tín, tín.
M. REL. Un rey bobalicón...
HORAS Tón... tón...
Tón... tón...

M. REL. (Marcando mucho los finales.)
Y cuando en palanquín
los dos chinos se ven,
si el uno es parlanchín
el otro lo es también.
Jamás un pescozón
los dos chinos se dan.
Sólo con intención
todo el camino van...
(Repiquetean las horas.)
diciéndose indirectas,
gastándose bromitas,
contentos y tranquilos
tirándose chinitas.

—

TODOS (Marcando los finales.)
¡Qué sinvergüenzas son
los chinos de Tonkín!

¡Siempre de diversión!
¡Siempre en el palanquín!
(Imitan todos el repiqueteo de las campanas.)
Tán, tán...
Tón, tón...
Tín, tín.

Hablado

HEL. ¡Olé las horas zaragateras! (Va á abrazar á una.)
RELOJ ¡Caballero!
HEL. Perdona, hija, me había entusiasmado.
RELOJ Por lo visto os gusta...
HEL. Ir ganando horas.
RELOJ Pues lo siento porque no tengo para usted ninguna hora disponible.
HEL. Me reservaré quince minutos. ¡Quién no tiene en este mundo su cuarto de hora!
RELOJ Como que todo en la vida es cuestión de horas. ¿Que hereda usted?...
HEL. Hora feliz.
RELOJ ¿Que se casa usted?
HEL. Hora fatal.
CAR. Que se muere usted...
HEL. Ora pro nobis.
RELOJ Las mejores son éstas. Las horas canónicas... Maitines... Vísperas... Completas...
HEL. (Examinándoles las pantorrillas.) Sí que están completas, sí... ¿Sabes que tiés las primeras... Vísperas? Oye... ¿puedo tocar na más que á Maitines...?
CAR. Le advierto á usted que da la hora admirablemente. (Acción de pegar.)
RELOJ Y que es de repetición.
HEL. Entonces na...
RELOJ ¿Ha de estar usted aquí aún mucho tiempo, caballero?
CAR. Una hora.
RELOJ Pues tanto gusto... y que tenga usted una hora cortita. (Se marchan todas por la derecha. Mientras van haciendo el mutis suenan dentro las doce.)
CAR. ¿No deseaba usted saber la hora que era? Las doce, la hora del almuerzo. Siento manifestarle que como va usted á estar tan

poco tiempo no podemos suscribirle á los periódicos satíricos ni encargarle la leche de burras.

HEL. Pué usted suscribirme desde ahora. Como me llamo Monsalve, que hago hoy una de órdago. Mañana mismo estoy condenao... ¡á cadena perpetua!

CAR. ¡Que todos los días han de ocurrir escenas tan lamentables! (Vanse.)

MUTACION

CUADRO QUINTO

La misma decoración del cuadro primero

ESCENA ÚNICA

HELIODORO en paños menores, RAMONA mal envuelta en una manta

RAM. ¿Pero á dónde vas, hombre?

HEL. ¡A la cárcel!

RAM. Si sales así, no te digo que no... ¡Despierta, animal! Que me has dao una de patás esta noche, que...

HEL. ¿Quién, yo?

RAM. Tú, sí... ¿Ves lo que trae leer los *Sucesos?* ¿No te he dicho que no bebas agua al acostarte? Borrico este...

HEL. Dispensa... Creí que estaba en Chirona.

RAM. No, pero allí irás á parar, porque una noche le das una coz al chico que lo dejas exánime... Amos restriégate los ojos y queda con el público como es debido...

HEL. (Al público.)

Aquí da fin, señores,
la bufonada.
Aplaudid *Los Sucesos*
de la Semana.

TELON

Obras estrenadas de E. Gereda y Antonio Soler

La modelo, diálogo en prosa.
Los hombres serios, comedia cómica en un acto y en prosa.
Los calzoncillos, monólogo en prosa, escrito expresamente para D. Antonio Vico.
El sobrino de su tío, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, música del maestro Orejón.
El judío errante, melodrama en cinco actos, inspirado en la novela de Eugenio Sué.
La muñeca, opereta en cuatro actos, arreglo de *La poupée,* música del maestro Audran. (1)
Los sabios de Grecia, zarzuela bufa en un acto y en verso, música del maestro San José.
El 90 pelao, parodia en un acto y en prosa de *El abuelo.*
Lógica femenina, diálogo en verso.
M'hacéis de reir Don Gonzalo, parodia política de *Don Juan Tenorio,* en un acto y en verso, música de los maestros Calleja y Lleó.
Las costillas falsas, zarzuela en un acto y en prosa, música de los maestros Calleja y Lleó.
¿Quo Vadis Mortero?, revista política en un acto y en prosa música del maestro Calleja.
El país de los golfos, zarzuela bufa en un acto y en prosa, música del maestro Puchades. (2)
M'hacéis de reir Don Gonzalo. (Primera refundición).
M'hacéis de reir Don Gonzalo. (Segunda refundición).
El corsé de Venus, entremés en prosa, música del maestro Calleja.
Pérez, dentista, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, música del maestro Cereceda.
Imposible l'hais dejado, parodia de *Don Juan Tenorio,* en un acto y en verso, música del maestro Fonrat.
Los gatos, sainete en un acto de costumbres madrileñas, en prosa y verso, música del maestro Marquina.
Los Sucesos de la Semana, pasatiempo en un acto, cinco cuadros y dos intermedios, en prosa y verso, música de los maestros Carbonell y Molina.

---

(1) En colaboración con Fernández Cuevas.
(2) Idem íd. con Roig Bataller.

Precio: UNA peseta

Sr D